

ofreciéndose a él sencillamente, si algún día necesitaba de ella para su felicidad. El se sentía muy conmovido. Nunca le había hablado de aquel modo una mujer. Madame François le hacía el efecto de una planta sana y robusta, crecida como las legumbres en el terruño del huerto; en tanto que se acordaba de Lisa, de la Normanda, de las buenas mozas de los Mercados, como de carnes sospechosas ostentadas en el escaparate. Allí respiró algunas horas de bienestar absoluto, libertado de los olores de alimentos entre los cuales enloquecía, renaciendo en la savia del campo lo mismo que aquella col que Claudio pretendía haber visto brotar más de diez veces.

Hacia las cinco se despidieron de madame François. Querían regresar a pie. La verdulera les acompañó hasta el extremo de la callejuela, y conservando la mano de Florencio un instante entre la suya:

—Venga usted si tiene alguna vez una pena— le dijo suavemente.

Por espacio de un cuarto de hora anduvo Florencio sin hablar, otra vez sombrío, y diciéndose que dejaba su salud detrás de él. La carretera de Courbevoie estaba blanca de polvo. Los dos eran aficionados a los grandes paseos, y les gustaba golpear la dura tierra con sus gruesos zapatos. A cada paso, detrás de ellos subían pequeñas humaredas. El sol oblicuo daba al sesgo en la avenida, y alargaba al través de ella sus dos sombras tan desmesuradamente, que sus cabezas llegaban hasta el otro borde, desfilando por la acera opuesta.

Claudio, con los brazos colgando, dando grandes zancadas regulares, contemplaba las dos sombras con complacencia, dichoso y abstraído en la cadencia de la marcha, que exageraba más

aún marcándola con los hombros. Después, como saliendo de una meditación profunda:

—¿Conoce usted la batalla de los Gordos y los Flacos?—preguntó.

Florencio, sorprendido, le dijo que no. Entonces Claudio se entusiasmó, habló de aquella serie de estampas con la mar de elogios. Citó ciertos episodios de ella; los Gordos, enormes hasta reventar, preparando el hartazgo de la noche, en tanto que los Flacos, encorvados por el ayuno, mirando desde la calle con aspecto de envidia; y otra vez los Gordos, sentados a la mesa, con los carrillos desbordantes, echando a un Flaco que ha tenido la audacia de introducirse allí humildemente y que parece una quilla en medio de un pueblo de bolos. Allí veía Claudio todo el drama humano; acabó por clasificar a los hombres en Flacos y Gordos, en dos grupos hostiles, uno de los cuales devora al otro, se redondea el vientre y goza.

—Con seguridad—dijo,—Cain era un gordo y Abel un flaco. Desde el primer asesinato, siempre han sido los hombres gordos los que han chupado la sangre de los que comen poco... Es una comilona continua del más fuerte al más débil, tragándose cada cual a su vecino y viéndose tragado a su vez.. Créame usted, querido, desconfíe usted de los gordos.

Calló un instante, siguiendo con la vista las dos sombras que el sol poniente alargaba más y más. Y murmuró:

—Nosotros somos flacos, ¿comprende usted?... Dígame usted si con vientres tan lisos como los nuestros, ocupa uno mucho sitio al sol.

Florencio miró sonriendo las dos sombras. Pero Claudio se incomodaba y gritaba:

—Hace usted mal en reirse de esto. Yo sufro por ser un flaco. Si fuera un gordo, pintaría tran-

quilamente, tendría un hermoso taller y vendería mis cuadros a peso de oro. En vez de eso, soy un flaco; quiero decir que me extermino el temperamento queriendo hallar cosas que hacen encogerse de hombros a los gordos. Yo me moriré, con seguridad, sin más que la piel y los huesos, tan plano que me podrán poner entre dos hojas de un libro para enterrarme... ¡Pues y usted! Usted es un flaco sorprendente, el rey de los flacos, palabra de honor. Recuerde usted su disputa con las pescaderas; era soberbio ver aquellos senos gigantescos desatados contra vuestro mezquino pecho; y obraban por instinto, cazaban a un flaco, como cazan las ratas a los ratones. En principio, ¿sabe usted? un gordo tiene horror a un flaco, tanto que siente la necesidad de quitárselo de delante a mordiscos o a patadas. Por eso yo, en lugar de usted, tomaría mis precauciones. Los Quénu son gordos, las Méhudin son gordas, y no tiene usted más que gordos a su alrededor. A mí me preocuparía mucho.

—¿Y Gavard, y mademoiselle Saget, y su amigo Marjolin?—preguntó Florencio, que seguía sonriendo.

—¡Oh! Si usted quiere—respondió Claudio,—le clasificaré a todos nuestros conocidos. Hace mucho tiempo que tengo sus cabezas en un cartón, en mi taller, con indicación del orden a que pertenecen. Es todo un capítulo de historia natural... Gavard es un gordo, pero un gordo que alardea de flaco... La variedad es muy común... Mademoiselle Saget y madame Lecœur son flacas; por otro lado, variedades muy temibles, porque son flacas desesperadas, capaces de todo por engordar... Mi amigo Marjolin, Cadina, la Sarriette, los tres gordos, inocentes aun, y sin tener más que el hambre amable de la juventud.

Hay que observar que el gordo, mientras no ha envejecido, es un ser encantador... El señor Lebigre es gordo, ¿verdad?... En cuanto a los amigos políticos de usted, son por regla general flacos, Charvat, Clemencia, Logre, Lacaille. No hago más excepciones que la de ese gordo animal de Alejandro y la del prodigioso Robine. Este me ha dado mucho que pensar.

El pintor continuó en este tono, desde el puente de Naully hasta el arco de Triunfo. Volvía a lo mismo, acababa algunos retratos con un rasgo característico. Logre era un flaco que tenía el vientre entre los hombros; la bella Lisa era toda vientre, y la bella Normanda todo pecho; mademoiselle Saget había dejado huir, de seguro, en su vida una ocasión de engordar, porque detestaba a los gordos, sin dejar de desdeñar a los flacos. Gavard comprometía su grasa, y acabaría plano como una chinche.

—¿Y madame François?—dijo Florencio.

Claudio se quedó muy perplejo por la pregunta. Buscó y balbuceó:

—Madame François... madame François... No; no he pensado nunca en clasificarla... Es una gran mujer madame François, y nada más... ¡No entra ni en los gordos ni en los flacos, pardiez!

Los dos se rieron. Hallábanse frente al arco de Triunfo. El sol, a ras de los ribazos de Suresnes, estaban tan bajo sobre el horizonte, que sus sombras colosales manchaban la blancura del monumento, muy alto, más alto que las enormes estatuas de los grupos. Claudio se alegró más y se encorvó, extendió los brazos; después, echando a andar:

—¿Ha visto usted? Cuando el sol se pone, nuestras cabezas llegan a tocar el cielo.

Pero Florencio ya no se reía. París volvía a cogerle, aquel París que ahora le espantaba, des-

pués de haberle costado tantas lágrimas en Cayena. Cuando llegó a los Mercados caía la noche, y los olores eran sofocantes. Bajó la cabeza, al penetrar de nuevo en su pesadilla de alimentos gigantescos, con el recuerdo dulce y triste de aquella jornada de salud limpia, perfumadísima de tomillo.

VI

Al día siguiente, a cosa de las cuatro, se dirigió Lisa a San Eustaquio. Para atravesar la plaza se había puesto un traje serio, todo de seda negro, con su chal de alfombra. La bella Normanda, que, desde la pescadería, la siguió con los ojos hasta la puerta de la iglesia, se quedó sofocada.

—¡Ah, bueno va!—dijo perversamente.—A la gorda le da ahora por los curas... Es fácil que la calme el mojarse el trasero con agua bendita.

Se equivocaba. Lisa no era devota. No practicaba, y solía decir que procuraba ser honrada por todos estilos, y que esto le bastaba. Pero no le gustaba que delante de ella se hablase mal de la religión; con frecuencia hacía callar a Gavard, que se moría por las historias de curas y de religiosas, por las picardihuelas de sacristía. Esto parecía a Lisa inconveniente en grado sumo. Era menester dejar a cada cual sus creencias, respetar los escrúpulos de todo el mundo. Por otra parte, había que confesar que generalmente los curas eran buenas personas. Ella conocía al padre Roustan, de San Eustaquio, hombre distinguido, de excelente juicio, y cuya amistad le pa-